

# DE FIGUERAS A PI Y MARGALL

**S**i se repasan los acontecimientos que conducen de la República de 1873 al golpe de Estado del general Pavia, o al «pronunciamiento» de Martínez Campos, nos maravillamos ante la ingenuidad de todos aquellos que en la época se titulaban «hombres de izquierda». Una ingenuidad que parece haberse encarnado después en ciertas entidades o en ciertos personajes con barba o sin ella. En 1873, posiblemente la etapa del Terror o de la Virtud fue algo con lo que contaban de antemano los conservadores para «fabricar recambios aceptables» y para mover a su favor masas de opinión neutra y dispuestas a espantarse ante cualquier toque de alarma, y para reforzar con ello las filas de los contrarrevolucionarios, que, en consecuencia, insistió, contaban en triunfar más tarde o más temprano, con lo que la ingenuidad izquierdista fue algo que dañó mucho a la recién nacida República.

Formando el mismo día 11 de febrero el primer Gobierno de la República (con Figueras como Presidente, Pi y Margall, el verdadero gobernante y «factórum», como ministro de la Gobernación, y el sinuoso Castelar intrigando y virando hacia la derecha, según su costumbre), fueron muchos, muchísimos en toda España: hombres, mujeres y niños, jóvenes y ancianos, semiacomodados y pobres de solemnidad, sin olvidar algún rico, como Fermín Salvochea o Paúl y Angulo, presunto —según malas lenguas— asesino de Prim; fueron muchísimos los que se adhirieron a la ya numerosa multitud, al verdadero partido de masas que constituía La Federal, o sea, el partido republicano-federal, el único partido republicano existente entonces, como es sabido, en España. Adhesiones fundamentalmente inspiradas por la idea mítica de que la República, y concretamente la República Federal, era la panacea única, la panacea «verdaderamente posible» para resolver todos los males de España y conseguir todos los sueños, afanes e ilusiones que animaron —en vano— la vida de muchas generaciones de hispanos modestos y humildes.

De modo especial (y olvidándose de la guerra que los carlistas habían iniciado en 1872, reinando Amadeo, y olvidándose asimismo de la cubana), esperaban la inmediata consecución de dos reivindicaciones fundamentales que, como se sabe, ya habían sido incumplidas

por los hombres de 1868. Nos referimos a:

— Supresión de levas y métodos parecidos de reclutamiento de soldados, sustituyendo dichas fuerzas militares por voluntarios.

— Supresión de impuestos indirectos, en especial los tan odiados y durante tanto y tanto tiempo conocidos como Impuestos de Usos y Consumos.

Paralelamente, los sectores humildes de la población española,

es decir, la inmensa mayoría, y más directamente todavía los millones de campesinos jornaleros, esperaban que la inmediata aplicación de los esquemas de la República Federal supondrían una verdadera y profunda reforma agraria, que debía beneficiarles en gran manera. Así, concretamente:

— Se variaría el sistema de ventas de bienes nacionales, o sea, de tierras procedentes de la «desamortización» (dejando de lado el método Mendizábal y recogiendo el espíritu de Flórez Estrada). Pi y

Margall, años después, conseguiría que el partido federal recogiera sus métodos divididos en dos etapas: transformación de arrendamiento en censo y, posteriormente, redención de los censos a plazos.

— División o reparto de tierras abandonadas o en poder de grandes latifundistas absentistas, etcétera.

En suma, con las transformaciones apuntadas se creía que La Federal, míticamente, resolvería un sinnúmero de cosas. Para hombres como Pi, estas mejoras debían concen-

Pi y Margall, Juan Tutau y Pedro Mata, diputados de las Cortes de 1869, representan bien al grupo de catalanes que participaron decisivamente en la construcción de la República de 1873.





Las vacilaciones de las primeras etapas republicanas, los temores que despertó la Constitución Federal.

## ANTONI JUTGLAR

trarse, entre otros, en los siguientes logros:

— En primer lugar, mejores condiciones de vida de los obreros a través de la participación efectiva en la organización de la industria o de la agricultura.

— En segundo lugar, aumento de la producción y el rendimiento del trabajo, gracias al interés tomado por el productor a través de su participación, y en el mejoramiento de la producción.

Proyectos e intenciones que debían culminar —sin violencias de ningún tipo— en la «superación» del «nefasto» capitalismo y debían conseguir el «óptimo» social de lograr «la elevación del proletario a propietario». Proyectos de atractivo grande para inmensas masas y que asimismo explican el «miedo» y el aumento de las acciones conservadoras de las minorías acomodadas, que —tomando la parte por el todo— se creían el ombligo hispano, los defensores a ultranza de otra «mítica» España que no podía ser ni tan solamente tocada (la España de los propietarios), y que tendría portavoces tan ilustrativos y significativos como «La defensa de la sociedad», de Bravo Murillo. Por eso, a pesar de los buenos propósitos, del «dicho al

hecho» hubo un largo trecho que no se pudo cubrir más. Así fueron las cosas.

### Las primeras etapas de Figueras a Pi y Margall

Desde el primer momento se abrió una enconada lucha entre el poder ejecutivo, el Gobierno, por una parte, y, por otra, el poder legislativo, la Asamblea Nacional, con mayoría de radicales (que no de federales), que constantemente buscaron las mil y una formas para boicotear e incluso para hundir al Gobierno republicano. Pi y Margall adivinó un enfrentamiento desde un primer momento, y por ello —desde su privilegiada posición—, como ministro de Gobernación, trató de salvar la República y de derrotar y aniquilar las maniobras de los antiguos radicales, sin convertir todo ello en un brutal enfrentamiento y en una fuente de violencias. Trató de aplicar siempre su famoso «fair play».

Las cosas, sin embargo, rápidamente se agravaron. Los núcleos de base, las masas del mito revolucionario, trataron de cambiar, por ejemplo, todos los Ayuntamientos de la antigua mayoría amadeísta, sustituyéndolos por Juntas —el per-

sistente **juntismo** hispano del siglo XIX, del que hablo con cierto detalle, entre otras, en mi obra «Ideologías y clases en la España contemporánea», y muy especialmente en «Pi y Margall y el federalismo español»— constituidas por federales de plena confianza. Pi, para evitar males mayores y con ingenuidad democrática, ordenó rápidamente la disolución de dichas Juntas y la constitución nuevamente de los antiguos Ayuntamientos. Correa y Zafrilla escribe claramente que Pi y Margall «aconsejó y mandó (a los federales) que **disolviesen las Juntas**». Y el propio Pi, en una circular de fecha 14 de febrero, dirigida —en su calidad de ministro de la Gobernación— a todos los gobernadores civiles de España, había escrito los siguientes párrafos: «Vacante el trono por renuncia de don Amadeo de Saboya, el Congreso y el Senado, constituidos en las Cortes soberanas, han reasumido todos los poderes y proclamado la República. A consolidarla y darle prestigio han de dirigirse ahora los esfuerzos de todas las autoridades que de este Ministerio dependen». Agregando seguidamente, con una confianza casi infantil: «Se ha establecido (la República) sin sangre, sin convulsiones, sin la más pequeña alteración del orden, y sin disturbios conviene que se

le sostenga, para que acaben de desengañarse los que la consideraban como inseparable de la anarquía».

Los párrafos anteriores dan idea clara, pues, de las discrepancias que existían dentro de la heterogénea masa federal en unos momentos sumamente peligrosos en que —aparte de discrepancias interiores— se vivían dos sangrientas herencias: la guerra de Cuba, en Ultramar, y la guerra civil carlista, en el mismo suelo peninsular. Paralelamente, los contrarrevolucionarios de distinto tipo iban afilando sus armas: los alfonsinos, aparentemente sin hacer nada, pero pendientes ya de los designios que abrigara Cánovas del Castillo, escudado tras el príncipe Alfonso; los radicales —republicanos «convertidos», por conveniencia o necesidad coyuntural; los republicanos de «nuevo cuño», muy alejados de las doctrinas federales—, los radicales, insisto, que eran asimismo mayoría tanto en el Gobierno (si se hace excepción del Presidente, Figueras en este caso) como en la Asamblea Nacional, preparaban a toda prisa y bastante a la vista un golpe de Estado que les diera —bajo la dirección de Martos o de cualquier otro político de su grupo— el total control de los mecanismos del poder. La habilidad de los gober-

# DE FIGUERAS A PI Y MARGALL

nantes federales ante tantos peligros tenía que ser muy grande, máxima cuando el lema voceado a los cuatro vientos, dentro y fuera de España, era el complicado de «orden, libertad y justicia». La dificultad por llevar adelante tal política y actuar con habilidad se comprobó el mismo mes de febrero, en que Figueras hubo de efectuar un reajuste ministerial. Sin embargo, las cosas fueron complicándose más y más, acabando, por ejemplo, con los nervios del Presidente Figueras, que finalmente huyó —literalmente— a Francia, dejando abandonados sus compromisos y responsabilidades. La verdad, de todas formas, es que —desde hacía bastante tiempo— las riendas del poder ejecutivo estaban en manos del ministro de la Gobernación, Pi y Margall, cuya fuerza y posibilidades de popularidad habían aumentado tras su rápida e inteligente actuación del 23 de abril, impidiendo con su capacidad un golpe de Estado preparado (con la colaboración de destacados militares) por los radicales. Ya antes —el día 9 de marzo—, y frente a un problema de signo totalmente distinto (los federales de Cataluña anunciaban su inmediato propósito de proclamar el Estado catalán en el seno de la Federación —no proclamada todavía— española), Pi había demostrado parecida entereza.

## Los sucesos del 23 de abril

Pi y Margall (que había escogido la cartera de Gobernación, por considerarla clave en la precaria República proclamada en febrero) supo, en efecto, apaciguar a los exaltados o intransigentes catalanes. Al hablar por telégrafo con los dirigentes catalanes y al enviar a Barcelona por ferrocarril al propio Presidente de la República, Figueras, Pi había demostrado su capacidad de mantener «sin desbordarse» a los componentes de extrema izquierda federal. Igualmente había dado pruebas de su aptitud por mantener a raya a los conspiradores radicales. Sin embargo, la capacidad y las dotes que poseía Pi —pese a quien pese— se pusieron de manifiesto de forma indiscutible en los sucesos del 23 de abril, que (de haberlos aprovechado en su propio beneficio) hubieran podido otorgarle una dictadura, que, según testimonios de la época, «ningún federal le hubiera regateado». Pi y Margall, no obstante, se mantuvo en su posición primitiva y mantuvo la democracia formal, obsesionado por preparar lo más rápidamente posible las elecciones de los diputados que debían componer las Cortes Constituyentes, que —según repetiría mil veces— debían tanto «decidir la forma que debía adoptar la República», así como redactar, discutir y aprobar el texto de la Constitución que tendría que regir en la República, en sustitución de la vigente to-

avía de 1869 (cosa que alegremente en unos casos e intencionadamente en otros, se omite por parte de muchos autores, haciendo creer al lector y al público en general que la República de 1873 tuvo en algún momento una Constitución propia, cuando la verdad es que la efímera República se rigió siempre por la Constitución monárquica de 1869, con meros retoques referentes a un Rey que no existía. Así, pues, la Constitución que rigió en la República de 1873 fue la del año 1869, y la que hubiera debido ser proplamente republicana, ni tan

cha, y concretamente de la derecha radical).

El Decreto mencionado constaba de dos únicos, pero clarísimos, artículos, y disolvía la Comisión Permanente de las Cortes, controlada por los radicales, y, en consecuencia, dejaba las manos libres a los republicanos federales.

Paralelamente, como Presidente interino del poder ejecutivo, Pi y Margall dirigió una elocución al Ejército y una proclama a los Voluntarios de la República el mismo día 24 de abril. En la elocución escribía: «Soldados: Habéis merecido

Pi y Margall vio crecer su fama durante los días 23 y 24 de abril. No ocurrió lo mismo con otros miembros del Gobierno: El nombre de Figueras estaba por los suelos, y Castelar, según podrá comprobarse, inspiraba justificados recelos entre la mayor parte de los federales. Por ello, una gran mayoría del partido hubiera visto con buenos ojos, según se ha indicado ya, que Pi hubiera aprovechado aquellos incidentes del 23 de abril para actuar como dictador. Pero Pi, una vez más, fue fiel a la palabra dada, al compromiso de base, al propio



La guerra carlista iniciada en 1872, antes de proclamarse la República. Significativamente se silenció el problema que dicha guerra representó para los federales en el poder. En su momento quedaría el tema arinconado para dar mayor importancia a la sublevación cantonal.

siquiera llegó a ser discutida en las Cortes Constituyentes.

Algo conocido son los sucesos del 23 de abril de 1873, por lo que pasaremos por alto el detalle de los mismos. Diremos únicamente que entre otras maniobras contrarrevolucionarias, los radicales habían efectuado una concentración de los voluntarios a ellos afectos, cosa que acabó de alertar a Pi y Margall, al no estar programada para aquellas fechas ninguna revista de voluntarios (y tal fue la torpe excusa que utilizaron los radicales), y actuó con rapidez y energía. Pi reaccionó rápidamente, sin esperar posibles complicaciones, y tomó medidas enérgicas que quedaron concretadas en el Decreto del día 24 de abril de 1873 (muy criticado, como es lógico y comprensible, por sus enemigos de la dere-

bien de la Patria. Desde hoy y para siempre seréis la esperanza de la República (...). Cuando ha sonado la hora crítica, habéis sabido volver contra los que momentos antes os halagaban para corromperos, vuestras carabinas, vuestras espadas, vuestros cañones. Nada ha podido romper vuestra disciplina y vuestra fe». En la proclama a los Voluntarios de la República decía: «¡Qué lección para los que os calumniaban! Al ver enarbolada la bandera de la insurrección os habéis levantado como un solo hombre, y no habéis dudado en poner al servicio de la Autoridad y de la Ley las armas que acabáis de recibir del poder ejecutivo (...). Volved tranquilos a vuestros hogares; la República os vivirá eternamente agradecida, segura de que tiene en vosotros su más decidida ayuda».

tiempo que confiaba en el éxito de las elecciones a Cortes Constituyentes. Pero lo cierto es que a partir del 23 y 24 de abril, los acontecimientos se precipitaron. Figueras —según se ha indicado— huyó al extranjero, y quedó Pi como verdadero responsable supremo del poder ejecutivo, hasta que, celebradas las elecciones, hubo de aceptar la formación de Gobierno, convirtiéndose en el segundo Presidente de la efímera etapa republicana de 1873.

Si Pi y Margall, a la hora de la verdad, era quien debía decidir las cosas y «sacar las castañas del fuego», fueron muchos los que criticaron primero y se quejaron después de que Pi no hubiera tomado como dictador todas las riendas del poder.



La supresión de la esclavitud, otro de los sueños republicanos incluidos en el programa federal.

## Una encrucijada de difícil solución

En efecto, Pi y Margall, en su folleto vindicador sobre «La República de 1873», acusa claramente el golpe representado por los ataques de sus críticos. El puritano pensador utópico cree posible justificarse, y en este sentido escribió: «Otros republicanos (después de haber efectuado la crítica de otros grupos) han querido de todas veras el establecimiento de sus principios, pero sólo por medios legales y rectos». Agregando seguidamente un amargo comentario, que parece una contradicción con la línea antes apuntada, y de manera especial parece dibujar una lamentación ya infructuosa respecto a una ocasión perdida: «Han dejado escapar lo que se llama el momento revolucionario: han despreciado una dictadura que les había deparado la suerte. Lo fiaron todo a las Cortes, y allí han visto muerta su esperanza por las locuras de la impaciencia y las preocupaciones del miedo». Concluyendo a continuación, de forma todavía más tajante: «Mediten sobre sí, dado el mismo caso, deberían ser en adelante menos escrupulosos, sin faltar a los mandamientos de su conciencia. La dictadura que la justicia no levanta del suelo la recoge con frecuencia la tiranía».

Por su parte, escribiría Correa que los republicanos federales acusarían a Pi «de no haberse arrogado la dictadura revolucionaria que las circunstancias, la fortuna, su talento y el partido habían puesto en sus manos. Los republicanos tenían razón. La rebelión de los radicales rompió el compromiso contraído el día 11 de febrero». Después del día 23 —y ya antes para muchos federales—, las negociaciones con Rivero no tenían validez alguna. Todavía más: Correa —como otros muchos federales—, consecuente con lo señalado en el artículo anterior, afirmaba para justificar la «posibilidad» dictatorial de Pi y Margall que «la proclamación de la Re-

pública —al margen de las negociaciones de «salón»— fue un acto revolucionario», agregando: «El país pedía reformas a voz en grito, reformas que necesitaba, que urgían; la Federación era entonces, como es hoy, la única esperanza». Y de tales necesidad y urgencia se derivaba la responsabilidad de Pi.

Después vinieron las elecciones, la teórica proclamación de la Federación, el 7 de junio, y el compromiso de Pi y Margall a hacerse cargo de la Presidencia del ejecutivo, mientras los exaltados —los cantonales— trabajaban por su cuenta, pero de todo ello hablaremos en otros artículos.

## Unas elecciones limpias

Hemos hecho referencia repetidamente a la obsesión de Pi y Margall por poner en marcha los mecanismos pertinentes —suficientes y eficaces— que aseguraran unas elecciones con total libertad: sin coacciones, sin maniobras ni chanchullos caciquiles, sin muertos votando (por figurar, gracias a la voluntad de quienes podían, en las listas de votantes vivos. En este sentido, Almirall, en su «España como es», explicará cómo, sin poder hacer nada, vio en alguna ocasión a su padre, ya muerto hacía bastantes años, votar «reencarnado» en la persona de algún sujeto a sueldo de los caciques), sin ruedas de votantes, etcétera, sin urnas rotas, sin escrutinios trucados, etcétera. La obsesión por conseguir que las elecciones a las Cortes Constituyentes de la República de 1873 fuesen libres verdaderamente, quitó muchas horas de sueño a Pi y movilizó esfuerzos ingentes. Finalmente logró su propósito: las elecciones para las Constituyentes de 1873 fueron las más libres, las planteadas y realizadas con mayores garantías de voto no coaccionado, las más libérrimas, en fin, del siglo XIX. Y posiblemente además del primer tercio del presente siglo. Pero tal obsesión por unas «votaciones limpias» fue algo peor

que una victoria pírrica: los partidos de la oposición se abstuvieron; únicamente algunos individuos, a título personal, se presentaron y solamente —como partido político— fueron a votar los federales y sus simpatizantes. En total, bastante menos del 50 por 100 de los votantes.

Si el único partido que acudió a las urnas fue el republicano federal, nada tiene de extraño que la mayoría de los componentes de las Cortes Constituyentes fuera federal, con hombres de mayor o menor formación, de mayor o menor posición social. Desde los Pi y Margall, Salmerón, Tutau, Benot, Castelar y los Sunyer y Capdevila (el que decía una y otra vez que era preciso efectuar «la guerra a Dios y a la tisis»). Desde el marqués de Albaida, José María Orense, el obrero catalán más o menos aburguesado, etcétera. La mayoría federal controlaba, pues, las Constituyentes gracias a la abstención de sus enemigos. Pero ello, antes al contrario, no iba a significar que las Cortes fueran una «balsa de aceite». Divididos los federales no ya entre los antiguos benévolos e intransigentes, sino en derecha (de la que pronto Emilio Castelar sería el líder sedicente federal indiscutido), centro e izquierda, la prensa de la época (especialmente la humorística y satírica, de la que recordaremos aquí solamente el caso del periódico «La Flaca») se cebó en tal división.

## Pi y Margall, Presidente del poder ejecutivo

Con este clima complejo se abrieron, al iniciarse el mes de junio (las elecciones habían tenido lugar en mayo) las sesiones de las Constituyentes. El día 7 de junio, una propuesta —formulada de forma bastante pintoresca, por cierto— del marqués de Albaida, Orense, consiguió por mayoría aplastante, casi por unanimidad, que la Cámara votara que la forma de orga-

nización de España era la República Federal, con lo que algún cronista apostillaría que los «padres de la Patria» quedaron plenamente satisfechos, con la conciencia tranquila, y pensando no dar ningún paso más hacia delante.

De todas formas, si la proclamación de las Cortes en un Estado que todavía seguía rigiéndose por la Constitución unitaria de 1869 no pasó de ser un gesto político sin más trascendencia, el eco popular de tal hecho enardeció a las multitudes aquí y acullá, y la obsesión, ya vivida como tal años y años, por la República Federal se convirtió en un nuevo propósito, que se extendió como un reguero de pólvora a lo largo y ancho de la hispana «piel de toro», proliferando los núcleos decididos a hacer independientes las provincias o tierras en que vivían a fin de proceder —de acuerdo con la más pura ortodoxia de la sacrosanta (sacrosanta, insisto) idea de la unidad federal— a la realización de los pactos (no se olvide este concepto: el pactismo es fundamental, básico, en el federalismo), de los pactos federales que, con renovada savia, reconstituirían la unidad del Estado español; un Estado uno, pero no unitario, ya que sería un Estado federal que constituiría una sólida y vertebrada unidad política.

En esta maraña y en este reguero de pólvora de querer proceder —como siempre se había predicado en el federalismo— de abajo-arriba, de lo más pequeño e insignificante a lo más complejo y poderoso; en esta maraña, insisto, se vio método de lleno el bueno de Pi y Margall, soñador de limpios horizontes, enamorado como pocos de la variedad y multiplicidad de los hombres y las tierras de España, utopista hasta la médula, incapaz —como tantos y tantos federales— de matar una mosca. Pi, al margen de los sofismas jurídicos del acuerdo del 11 de febrero, que había hecho posible la República, con su experiencia más o menos corta al frente del Ministerio de la Gobernación y viéndose precisado a actuar en varias ocasiones como Presidente en funciones, o accidental, del poder ejecutivo, no veía las cosas tan fáciles como había venido predicando tantas veces. Y así, creyó que el medio más pacífico y adecuado para la convulsión de España era la proclamación del Estado federal a través de las Cortes, la aprobación y aplicación rápida de una Constitución Federal que al prever los poderes municipales cantonales de los Estados miembros de la Federación y del Estado federal, cumpliría su «slogan» de «orden, libertad y justicia», y que, por tanto, la Federación, en lugar de constituirse de arriba-abajo, debía constituirse de abajo-abajo. La exposición de este método hizo que los diputados de la izquierda abandonaran la Cámara cuando a don Francisco le caía encima —sin poder rehuirlo ni pasarlo a otro— el aventurado y fatigoso encargo de

# ¿Por qué su loción Panten está vitaminada?

(Porque higiene y salud no son siempre lo mismo)



Hay quien piensa que todas las lociones le sirven. Que, con que un producto mantenga el cabello peinable y más o menos limpio entre lavado y lavado, es suficiente. Y generalmente se equivoca.

Si usted no tiene caspa y conserva su cabello fuerte, de acuerdo. Pero ¿quién puede decir eso hoy? El continuo stress de la vida actual, la pobreza de oxígeno en el aire, la suciedad atmosférica, atacan también su cabello. Continuamente. Poco a poco su pelo se vuelve débil, seborréico, desnutrido. Y cae. La única solución es revitalizar el cuero cabelludo, neutralizar los efectos de la agresión exterior, nutriendo, vitaminando su cabello cada día.

**Panten**, lo hace. Porque contiene **Pantyl**, un compuesto del grupo vitamínico B preparado de tal forma -y este es nuestro secreto- que penetra, se fija profundamente en la raíz capilar y proporciona a su cabello un aporte vitamínico extra durante tiempo suficiente.

¿Resultado? Un cabello fuerte, limpio, sedoso y libre de caspa, un cabello sano. Use **Panten** diariamente. Comprenderá enseguida por qué lo hemos hecho así: **vitaminado**.



# PANTEN

tiene vitaminas porque su pelo las necesita

# DE FIGUERAS A PI Y MARGALL

formar Gobierno. Pi se las vio y se las deseó para que la Cámara aceptara su lista de componentes del Gabinete en unos momentos en que (junto a las memeces de la derecha, «iluminada» por la «preclara» [?] inteligencia y fantástica elocuencia del demagogo Castelar) podía hablarse ya de «insurrección federal», sino «cantonal». La lectura de la vindicación de Pi y Margall de la obra sobre «Pi y Margall y la política contemporánea», de Vera y González, o el folleto de Correa y Zafrilla sobre la Federación, iluminan claramente respecto a las cuestiones apuntadas. Cuestiones que muchos historiadores, y no solamente el ingenio don Melchor Fernández Almagro, no han sabido o no han querido ver ni en su lugar, ni en sus exactas dimensiones. Finalmente, el Ministerio formado por Pi y Margall quedó constituido con extrema precariedad el día 11 de junio, debiendo ser modificado y reforzado el 28 del mismo mes para dar entrada a algunos elementos del sector «centro».

## Pi y Margall, el federalismo y el proletariado

Difícil asimismo la tarea de Pi y Margall el papel del pequeño núcleo constitutivo de la Primera Internacional en España (Federación Regional Española [FRE], rápidamente escindido en dos facciones antagonicas: bakuninistas y marxistas), y que se iba extendiendo como amplia mancha de aceite por las tierras hispanas. Constituida la FRE en casa de un federal, Rubau Donadeu, contando con los federales (entre ellos, Pi y Margall, Salmerón y Fernando Garrido) como esforzados defensores de la Internacional, en las Cortes de 1871, cuando Sagasta se proponía acabar con dicho movimiento obrero, la Internacional captó a varios destacados dirigentes federales, como el relativamente moderado catalán Baldomero Lostau, o el exaltado y extremista de izquierda gaditano, el famoso y legendario alcalde gaditano, Fermín Salvochea, protagonista de una de las novelas de Blasco Ibáñez y hombre de una popularidad extraordinaria en Andalucía, donde su renombre se vinculaba al de otro líder campesino y republicano, el héroe de Loja, Pérez del Alamo.

Muchos internacionales, la mayoría —dígase lo que se diga y se escriba lo que se escribe—, compaginaron su adhesión a la FRE (Primera Internacional) con su pertenencia activa en «la Federal». Sin embargo, la minoría de fuerte potencia dirigente y de gran capacidad de transmitir ideas y de movilizar «ideológicamente» masas muy amplias, no colaboraba con la República, antes al contrario. Se trataba de una capacidad no a partir de lo que algunos autores han afirmado, de palabra y por escrito, sobre una supuesta facilidad de comprensión del bakuninismo, doctrinal,

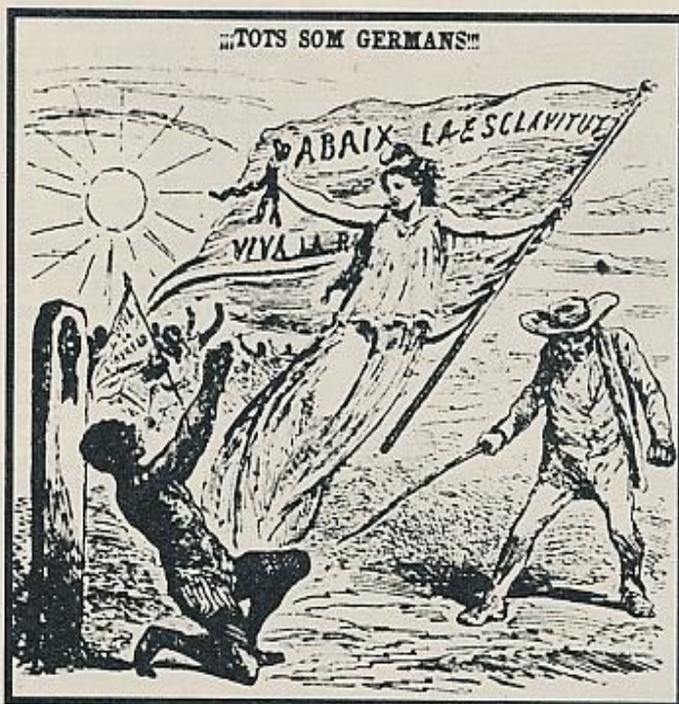
según se ha demostrado (y una lectura de Bakunin es sumamente elocuente a este respecto), nada fácil de entender y asimilar. En todo caso, el propio Anselmo Lorenzo, en su obra «El proletariado militante» (una de cuyas ediciones, a mi cargo, está en vías de rápida publicación), no puede evitar la expresión del complejo de inferioridad que le alejaba de Marx y le acercaba a Bakunin. Un serio examen del movimiento obrero español, especialmente en el multitudinario sector campesino, nos muestra que más que la «colectivizadora», movilizó al primitivo proletariado la idea pequeño-burguesa, tan cara a los federales (elevar al proletario a propietario), de la «re-

Pi y Margall vivió parte de este tránsito, tal como tendremos ocasión de contemplar con el caso de Alcoy, que, distinto de lo que se escribe en una reciente reedición de los movimientos cantonalistas valencianos, nada tuvo de cantonalista y sí mucho de reivindicación obrerista. Alcoy fue una arma hábilmente esgrimida por la oposición conservadora antipimargalliana y un verdadero calvario para el pacífico intelectual que era Francisco Pi y Margall. Paralelamente, la guerra de la facción bakuninista, dominante de la FRE de la Primera Internacional, arreciaba su oposición a los dirigentes republicano-federales, empalmado con sus «antiguas» declaraciones en la

te algunos miembros de la minoría marxista comprendieron el papel coyuntural beneficioso de la República y estaban dispuestos a sostenerla. En este mismo sentido, escribiría Engels que de todos los republicanos, Pi era el único socialista, el único dispuesto a cimentar la República sobre la base obrera. Ya en los meses de junio y julio de 1873 se iba patentizando cada vez más la dificultad de que el utopismo pequeño-burgués, constitutivo del movimiento federal, pudiera retener a los núcleos proletarios que iban tomando conciencia de su realidad autónoma e independiente de clase. Sin embargo, Pi y Margall incluyó en su programa de gobierno reformas y medidas tendentes a seguir vinculando el proletariado al federalismo.

Tal como hemos indicado, Pi constituyó definitivamente su gobierno el día 11 de junio, aunque el 28 del mismo mes hubo de reorganizarlo para dar entrada a elementos del centro, acabando sus funciones el 18 de julio. Pi y Margall, además de la Presidencia del Poder Ejecutivo, continuó conservando la cartera clave de Gobernación y concretó su misión a través de la presentación de un programa muy claro y preciso. En dicho esquema programático de Pi, éste recomendaba a las Cortes la urgente discusión e inmediata aprobación de la Constitución federal de la joven República española. Paralelamente, reclamaba facultades extraordinarias para poder proceder, con suficiente autoridad, al restablecimiento del orden y a la restauración de la disciplina militar. Asimismo, propugnó la urgencia en la legislación y aplicación de una serie ineludible de reformas sociales, y por último, pidió que se llevara a cabo la aplicación de diversas medidas militares.

Con su famosa oratoria, en la que no tenía cabida ni los barroquismos, ni las palabras vacías o vanas, Pi y Margall —al presentar a las Cortes Constituyentes, el 13 de junio, su programa de gobierno— dijo, entre otras cosas: «El miércoles os prometí que hoy viernes presentaría el programa del nuevo Gobierno: vengo a cumplir la palabra que os tengo dada. Grande es la tarea que habéis echado sobre nuestros hombros; tarea superior a nuestras fuerzas. La voluntad, sin embargo, puede mucho y nosotros tenemos una voluntad firme y decidida para conjurar los peligros de la situación presente». Y sin ocultar nada, agregaba seguidamente: «¿Qué de dificultades rodean al actual Gobierno! ¿Qué de dificultades rodean a estas mismas Cortes, de las cuales el Gobierno emana!». No queriendo esconder ninguna carta de la baraja, Pi proseguía haciendo directa alusión a los problemas reales creados por la abstención de los restantes partidos en las elecciones a diputados. Así, dijo: «Volved los ojos a vuestro alrededor, y os encontraréis ca-



La imagen de Pi y Margall, entre el desconcierto republicano.

partidora». Muy elocuentemente, después del golpe de Estado del general Pavía, Echegaray (que precisamente fue ministro en el Gobierno provisional que se formó tras la mencionada demostración de fuerza) decía lo siguiente respecto al movimiento reivindicativo, reformador e incluso revolucionario de la época: «Para las masas, la República Federal es aquí un cortijo que se divide, un monte que se reparte, allá un mínimo de salarios, más lejos los colonos convertidos en propietarios, el reparto de la propiedad. Todas esas utopías socialistas constituyen la herencia de la República en el pueblo».

Precisamente este utopismo de «la Repartidora» explica, con más elocuencia y grafismo que muchas tesis enrevesadas, la adhesión primera de los desheredados y, asimismo, su desencanto posterior.

prensa internacionalista española: «Ensanchando la República las bases sobre las que se asientan los privilegios de la burguesía, no nos extraña que ésta se apresure a plantearla (...), lo que si nos extraña es que la clase obrera que nada gana con la República (...) se muestre partidaria». O bien: «Desengañense los burgueses, altos y bajos, liberales y absolutistas, monárquicos y republicanos: el pueblo les conoce ya, y no espera ni quiera nada de ellos. Sabe que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos». O bien: «La República es el último baluarte de la burguesía (...) y un desengaño completo para todos aquellos hermanos nuestros que todo lo han esperado y lo esperan de los Gobiernos (...). Es preciso ir adelante, hasta el triunfo de la anarquía», etcétera. Solamen-

Si no se conforma con buenas palabras...

# Escuche un AUDIOLIBRO

El AUDIOLIBRO le ofrece algo más que palabras: El AUDIOLIBRO pone al alcance de su vista y de sus oídos la palabra "en vivo", el relato directo, la música y las voces que proporcionan una nueva y sorprendente dimensión al libro... ¡un libro que hablará al oído!

## TÍTULOS PUBLICADOS

(Serie juvenil)

### "LA MAQUINITA QUE NO QUERÍA PITAR"

de Lauro Olmo y Pilar Enciso

### "VIDA Y MUERTE DEL DONCEL"

de Carmen Bravo Villasante

(Serie adultos)

### "LOS ROMANCES DE CARANDELL"

de Luis Carandell (Temas de actualidad)

### "ANTOLOGÍA TOTAL"

de Angel Figueras (Poesía)

## CVS EDICIONES



\*CONSULTE A SU LIBRERO

## DE FIGUERAS A PI Y MARGALL

si solos. Los antiguos partidos monárquicos se retrajeron y no quisieron tomar parte en las pasadas elecciones». Con su franqueza de siempre, añadía Pi y Margall unas directas referencias a los peligros que tal hecho había engendrado: «Ya sabéis lo que significa en España el retraimiento: la conspiración primero; más tarde, la guerra. Yo estoy en que la República tiene fuerza bastante para desconcertar las maquinaciones de todo sus enemigos, pero con una condición: con la de que no perdamos el tiempo en cuestiones estériles; de que no nos dividamos, de que estemos unidos como un solo hombre, de que aceleremos la Constitución (...). Si nos dividimos en bandos, si consumimos nuestras fuerzas en cuestiones estériles, no os quejéis de los conspiradores; los primeros conspiradores seréis vosotros».

La voluntad conciliadora y la confianza en el comportamiento de sus correligionarios mostraban —sin lugar a dudas— la faceta utópica y excesivamente cargada de «fair play», que dominaba en Pi y Margall, quien, de todos modos, tocó en el discurso de presentación del programa de su gobierno, todas las graves cuestiones que aquejaban al conjunto hispano: «Tenemos (...) una verdadera guerra civil (...), en las provincias del Norte y del Oriente, y aunque de menos importancia en algunas provincias del centro. (...) Se trata de una guerra tensa y persistente, que lleva más de un año de existencia (la guerra carlista), tiene su dirección, cuenta con una verdadera organización administrativa y presenta un Estado frente del Estado (...). La primera necesidad, la más universalmente sentida, es poner término a esta guerra». Prosiguiendo: «¿Qué debemos hacer para conseguirlo? Ante todo, contener la indisciplina del Ejército (...). Por otra parte —y tocando fondo en cuestiones delicadas—, es preciso evitar en lo sucesivo que los ascensos se den al favor o por antojo de los ministros. Deben darse en juicio contradictorio, y al efecto establecer tribunales de honor en los diversos cuerpos del Ejército. Lograremos de esta manera no sólo que haya completa justicia en las armas, sino también que el Ejército comprenda que debe ser el Ejército, no de tal o cual partido, sino de la nación española. Estamos dispuestos a llevar la justicia hasta tal punto que hasta se revisen las hojas de servicio». E insistiendo más adelante en la autoridad que como Presidente del Ejecutivo debía poseer para hacer frente eficazmente a la guerra civil desatada, indicaba: «Vendremos aquí a pedirnos lealmente medidas extraordinarias».

### Dificultades para el programa pimargalliano

Las discusiones de las Cortes, los múltiples y sumamente varia-

dos acontecimientos, que diariamente tenían lugar en la geografía hispana, etcétera, se cuidaban de demostrar hasta qué punto era imposible llevar a cabo el programa pimargalliano, incluso en su adaptación o versión más moderada. En el fondo, según podrá verse más adelante, se temía al pacífico y confiado político que era Pi y Margall, que —por ejemplo— jamás hizo uso del llamado «fondo de reptiles» y no creyó oportuno organizar un amplio, profundo y seguro montaje de Policía secreta. Pi seguía creyendo en la palabra dada y en que quien decía «blanco», quería precisamente decir eso: «blanco», etcétera. Un apretón de manos era para Pi y Margall un acuerdo, un pacto de toda seriedad. Ello explica mucho más que cualquier otra interpretación el hecho que, en las pocas semanas en que ostentó la Presidencia se le fueran escapando —insensiblemente— las riendas del país.

Prácticamente, sin darse cuenta casi, Pi se encontró enfrentado con las Cortes, con la derecha, que creía ponía poco empeño en hacer efectiva su autoridad; con la izquierda, que creía que Pi iba demostrando la discusión de la Constitución federal y, por lo tanto, la aplicación efectiva del federalismo. El enfrentamiento de Pi y Margall con unas Cortes compuestas en su mayoría por republicanos inexpertos, soñadores, indisciplinados y sin ningún tipo de unidad de criterio, resultaría a la larga fatal. Por otra parte crecía el «mesianismo» del utopismo cantonalista, que contaba como primordial predicador, como «pontífice máximo» a Roque Barcia. Paralelamente, la proximidad de una posible rebelión federal, de un levantamiento cantonalista, acrecía las posiciones de la derecha, y, sin acabar de renegar públicamente de su fe federal, antes, al contrario, dirigentes destacados, como Salmerón y Castelar, iban, día a día, alejándose de las primitivas posiciones federales para acercarse y enmarcarse finalmente en las líneas del típico unitarismo. La verdad es que hombres como Salmerón y Castelar fueron alejándose de sus antiguos postulados federales ante el temor de que la aplicación del programa federal pimargalliano representara el riesgo inevitable de que cambiaran muchas cosas en los terrenos social y económico. Y esto aterraba a quienes tenían «cosas que perder». Contrariamente, el retraso en aplicar el programa pimargalliano haría, según podrá comprobarse en próximos artículos, que creciera el desencanto entre los desheredados; haría que las masas se alejaran de Pi y Margall y que los cantonalistas cobraran una fuerza importante. ■ A. J.

El primer artículo de esta serie se publicó el 25 de agosto, en el número 569.